

Ciencia básica-aplicada para regiones en transición

J.A. MARTÍN — PEREDA

En estas últimas semanas he tenido un par de reuniones que, aunque de temas distintos, indirectamente encerraban una misma línea argumental. La primera tenía que ver con una acción de la Dirección General I, de la Unión Europea, para mejorar la calidad de los estudios en algunas universidades latinoamericanas. Se pretende que sus historiales se asemejen al de las universidades de los países desarrollados y, en concreto, al de las europeas.

La segunda reunión estaba relacionada con una de las acciones de política científica que lleva a cabo el Gobierno vasco desde hace muchos años, y que tiene que ver con el fomento de la formación de posgraduados.

En principio, los temas eran bastante diferentes y sin apenas puntos de contacto. Pero la filosofía que se desprendió de ambas, en algunos momentos, llegó a ser muy similar.

En cuanto a los historiales de las universidades latinoamericanas, uno de los puntos más controvertidos fue el de establecer las bases sobre las que deberían asentarse las acciones de apoyo a las naciones en desarrollo.

La idea defendida por algunos era que parecía esencial dar nociones de ciencias básicas reforzando los aspectos prácticos. La postulada por otros era exactamente la contraria: apoyar fuertemente las ciencias básicas, porque eso implicaba crear las bases para un desarrollo posterior firme.

Esta discusión adquiere en un país desarrollado un carácter más filosófico, y quizá político, que fundamental. Las diferencias entre uno y otro planteamiento pueden implicar, en el futuro, un desarrollo bien estructurado o una pérdida de mercados. Pero el hecho concreto es que sus implicaciones no suelen apreciarse a corto plazo.

La situación es radicalmente distinta cuando se trata de países en vías de desarrollo o que

no han alcanzado aún esta etapa. Lo que esos países necesitan es construir puentes que puedan unir las orillas de un río, eliminar una enfermedad endémica y satisfacer las necesidades de alimentos. Eso lo necesitan hoy, no mañana. En esos casos, la duda metafísica acerca de qué debe ser primero, la ciencia básica o el desarrollo aplicado, carece de sentido.

En los países de la Unión Europea se puede gastar tiempo discutiendo de todo esto. Los resultados se verán a medio plazo. El adoptar una postura u otra implicará una decisión política que, si acertada, repercutirá en posibles votos al cabo de unos años y, si equivocada, en críticas y pérdida de escaños. Pero nada más.

La decisión puede ser comprometida, otra vez, cuando se ha llegado al fin de esos posibles años de margen a que aludía antes. Este caso es el que he encontrado en algunos ambientes del País Vasco. Esta situación es la que podría denominarse de países o regiones en declive.

No hay ninguna duda del carácter industrial que ha tenido el País Vasco durante muchos años. Era el símbolo del desarrollo y muchas otras regiones le miraban como ejemplo a seguir. Tampoco hay duda de que ese tesoro desarrollado, y que aparecía como algo asentado, se está destruyendo a marchas forzadas.

Muchas industrias desaparecen y entornos en los que antes sólo se contemplaba un ambiente de actividad febril, se encuentran ahora apagados. Quizá el único entorno que ha ganado con todo lo anterior es el de la contaminación, que ha descendido de manera apreciable. Pero ese es otro tema.

¿Qué hacen, mientras esto ocurre, los centros donde debería ir generándose un caldo de cultivo para volver a la situación primitiva? Más concretamente, ¿qué hacen los departamentos de la universidad, en este caso la

del País Vasco? Puedo decir, sin que resulte desconocido para muchos, que las ciencias básicas tienen un nivel que no es en absoluto despreciable. De hecho, algunas áreas están a la altura de las mejores en un contexto internacional.

Mientras tanto, ¿qué ocurre con las tecnologías aplicadas? La contestación es muy fácil: casi nada. Lo que se hace en algunos de los departamentos de ingeniería de la Universidad no alcanza niveles mínimos de competitividad. Y, aunque con cierta responsabilidad, el fallo no puede achacarse al gobierno nacional ni al autonómico.

La responsabilidad ante tal situación sólo puede adjudicarse, quizá, a personas que participan directamente en las actividades académicas, que no son, en muchos casos, ni siquiera las autoridades académicas. Los responsables son, en determinadas ocasiones, personas concretas, personas físicas. Esto ocurre también en otras regiones de España, pero el caso presentado puede servir de ejemplo.

¿Cuáles son las consecuencias? Que a veces, unos grupos, los básicos, por su propia iniciativa e inercia, hacen un trabajo de calidad, mientras que otros, los aplicados, no hacen, en algunas ocasiones, nada que la industria pueda aprovechar para hacer productos de mayor calidad y más competitivos.

Y así llegamos a que la pescadilla de este artículo se muerde la cola. Decía que se estaba discutiendo el incentivar o no a las ciencias básicas en los países en desarrollo. Igual pregunta podría hacerse con el declive. ¿Cuál es la solución? Ésta sólo puede venir del trabajo coordinado de unos y otros. Cada desarrollo, por separado, sólo conduce a un crecimiento irregular que la sociedad difícilmente puede aprovechar.

Catedrático de Tecnología Fotónica.